

de la bibliografía" que es sólo una clasificación temática, se añaden unos índices de nombres propios, de palabras y de conceptos.

En resumen, *El mundo maravilloso del lenguaje* presenta al lector una visión bastante detallada de los problemas y las minucias de la lingüística moderna. Su lectura, con excepción de algunos párrafos que se antojan innecesariamente detallados⁵, resulta instructiva incluso para el especialista, el cual no podrá quejarse sino de que el autor —tal vez por afán de abarcar lo más posible— no haya ahondado lo bastante en ciertas cuestiones.

RAÚL ÁVILA

El Colegio de México.

ROBERT A. HALL, *Idealism in Romance linguistics*. Cornell University Press, Ithaca, N. Y., 1963; ix + 109 pp.

El interés intrínseco de este breve estudio no justifica una reseña más, sobre todo en fecha tan tardía. Además, como mis opiniones no difieren en nada importante de las de la Dra. Rebecca Posner, tampoco sería el caso de emprender, a base del libro de Hall, una nueva exposición minuciosa de lo que es (o debiera ser) la lingüística románica¹. Sin embargo, aunque muchas reseñas han comentado ya los méritos y deméritos de este libro², una ojeada a varias revistas me

⁵ Hecho que, por lo demás, el mismo Porzig reconoce y justifica: "se dirá que gastamos muchas palabras superfluas para describir un proceso evidente. Pero es necesario haber entendido las particularidades de este proceso para poder examinar otros casos más complicados" (p. 44).

¹ A la Dra. POSNER se debe el análisis más detallado de la obra de Hall en su "Positivism in historical linguistics", *RPh*, 20 (1966-67), 321-331. Esta amplia reseña-artículo, extraordinariamente sensata, consagra no poco espacio a la metodología y a la importancia de la lingüística románica, y comprende secciones intituladas "What's wrong with Romance linguistics", "The present task for Romance linguistics", "The «regularist» method", "The «reconstructive» method" y "The linguistics of literary languages". La Dra. Posner se declara —como yo— en deuda con Y. MALKIEL, "Distinctive traits of Romance linguistics", *apud* D. HYMES (ed.), *Language in culture and society* (New York-Evanston-London, 1964), y con otros muchos de los "ejemplares artículos" del sabio de Berkeley, cada uno de los cuales apunta a redefiniciones y precisiones del concepto de lingüística románica. Yo he dicho mi propia opinión en mis "Remarques sur la linguistique historique", *RF*, 81 (1969), 1-21, artículo basado en gran parte sobre W. P. LEHMANN y Y. MALKIEL (eds.), *Directions for historical linguistics* (University of Texas Press, 1968).

² No es de sorprender que Hall, que en su libro ha expresado opiniones sumamente polémicas, haya despertado reacciones polémicas en no pocos países. Basten unas muestras, recogidas en una rápida ojeada. G. GOUGENHEIM, *BSLP*, 59 (1964): "M. Hall nous semble avoir eu tort de confondre sous la même dénomination d'«idéisme» tous les mouvements de réaction [por ejemplo, Gilliéron] contre les néogrammairiens"; K. HEGER, *ZRPh*, 80 (1964): "Und wer wie der Rez. bereit ist, aus der behavioristisch orientierten Sprachwissenschaft zwar keinen dogmatischen Glauben an ihren methodischen Ansatzpunkt, aber zahlreiche wertvolle wissenschaftliche Erkenntnisse zu übernehmen, wird es nicht minder bedauern, diese Richtung der Sprachwissenschaft durch die vorliegende Schrift [o sea Hall] in unangemessener Weise kompromittiert zu sehen"; G. C. LEPSCHY, *Ling*, 6 (1964): "...the cause for which this book fights in a wrong way is, beyond doubt, the right cause"; K.

ha permitido observar que los hispanistas no lo han tomado en cuenta. Supongo que los directores de la *NRFH* me han invitado a reseñarlo para colmar esa laguna y, tal vez, para ofrecer a sus lectores, por vía de contraste, una opinión venida de los Estados Unidos. Así, pues, trataré de hacer una recapitulación crítica de los problemas que suscita Hall, de resumir lo que dice, y de exponer, dentro de ciertos límites, el contexto de sus opiniones. Pero primero vale la pena observar que, bien visto, Hall había publicado ya sus cargos contra el "idealismo" lingüístico en artículos bastante accesibles (véanse las pp. vii y 103-104 de la obra aquí reseñada), de manera que, al igual de G. C. Lepschy, me he preguntado por qué Hall "ha escrito este libro". (Aunque no deja de ser curioso que Lepschy haya hecho esa reflexión en la primera de *dos* reseñas que le ha consagrado). ¿Por qué, en efecto, se tomó Hall este trabajo? ¿Será simplemente por el fervor moral un tanto altivo con que suele defender su causa?³ Si así fuera, tal vez sería más cuerdo abstenerse de comentarios. Pero, por otra parte, el bien fundado prestigio científico de Hall le da derecho a hacerse escuchar, y en este sentido, como antes he observado, Hall no ha tenido muchas oportunidades en los círculos hispánicos.

Introduction (pp. 1-4). Han sido necesarios siglos para alcanzar un enfoque verdaderamente "científico" del lenguaje. El lenguaje debe ser considerado "primariamente como un medio de comunicación... y sólo secundariamente como un instrumento para la expresión de personalidades individuales". Hall reitera los postulados esenciales de una doctrina que las escuelas más recientes de análisis lingüístico en los Estados Unidos suelen llamar "taxonómica" o "bloomfieldiana". Lo que no cabe en ese esquema (por ejemplo, "un demasiado insistir en la elección libre [*choice*], por contraposición al hábito",

TOGBY, *IJAL*, 30 (1964): "a better title would have been that of Zola: *Mes haines*" (citado por la Dra. Posner); J. CREMONA, *JL*, 1 (1965): "...less than fair" (citado por la misma); G. C. LEPSCHY [bis], *Italian Studies*, 20 (1965); M. PEI, *RR*, 56 (1965), toma pie en el libro de Hall para lanzarse contra los "neogramáticos"; T. B. W. REID, *FS*, 19 (1965): "This curious little book... A polemic [so] conducted... is unlikely to convert opponents..."; R. WEINGARTNER, *It*, 42 (1965): "...very rewarding". Véase también el reciente comentario de Y. MALKIEL en *RPh*, 22 (1968-69): "incomprehensible" (p. 563).

³ Cabe sospechar alguna animosidad personal, sobre todo después de ver la clase de pinchazos que le propina a Hall uno de sus adversarios, G. BONFANTE. En una breve nota, "Un italofobo professionale: il prof. R. A. Hall junior", en *Paideia*, 12 (1957), p. 275, leemos: "Il professore americano Robert A. Hall junior da vent'anni dedica il più e il meglio (diciamo così) della sua attività ad attaccare e vilipendere in ogni modo l'Italia..." Se puede estar en desacuerdo con Hall y, más concretamente, criticar su tono a veces petulante, pero esa clase de nacionalismo tonto no conduce a nada. Es bien sabido que, después de haberse doctorado en Italia, Hall ha consagrado de manera constante buena parte de su actividad estudiosa a temas italianos, literarios y lingüísticos, conducta que no es ciertamente la de "italófono profesional". Sería de esperar que los representantes más distinguidos de "l'Italia, la sua scienza, la sua filosofia, la sua storia" aprovecharan todas las oportunidades posibles para levantar el nivel de los estudios italianos en los Estados Unidos; necesitamos su ayuda. Explosiones como la de Bonfante son absolutamente innecesarias; lo único que con ellas se consigue es degradar los valores de la profesión erudita.

p. 2) bien puede ser no-ciencia; la "filosofía estética de Benedetto Croce y Karl Vossler... ha constituido, dentro de la lingüística moderna, un elemento anticientífico... que socava la base esencial de la lingüística misma" (p. 3).

Historical background (pp. 5-20). En términos sencillos traza Hall la historia del "quehacer científico de la lingüística románica": Diez, los neogramáticos —en general, la tradición "regularista" de quienes se han interesado primordialmente por los cambios fonéticos condicionados. Hall deplora el abuso de la metáfora 'ley', pero con vehemencia aún mayor rechaza las críticas "negativas" que Hugo Schuchardt lanzó contra los "regularistas". Para Schuchardt, dice Hall, el lenguaje no existía sino en un nivel puramente "ético"⁴. Pese a los esfuerzos de Meyer-Lübke por redimirla, la lingüística románica ha estado zozobrando, y la culpa tiene que atribuirse, sin vacilaciones, a "la mano muerta de las actitudes schuchardtianas, que aún subsisten", y a "los principios del idealismo" (p. 19). Si nuestra disciplina hubiera llegado a reconstruir con mejor fortuna lo que Hall llama proto-romance ("una lengua hablada ancestral y común", lo suficientemente distinta de algo llamado "latín clásico" para justificar semejante "reconstrucción")⁵, entonces sí que se podría hablar de un progreso auténtico.

The leaders (pp. 21-78). Se refiere Hall a los teóricos y lingüistas a quienes mayor responsabilidad cabe en la aberración idealista. Bosqueja una especie de contexto histórico. Así, Croce es sometido a fuego graneado, principalmente a causa de sus arbitrariedades, si bien la crítica del propio Hall no está del todo exenta de juicios arbitrarios, por ejemplo esta observación en verdad sorprendente: "Lenguaje y pensamiento, en nuestra tradición académica, se han considerado siempre como objetos fácilmente separables y distintos, sin más que una flojísima conexión entre ellos" (p. 24). Confrontado con la postura de Hall, el pensamiento de Croce es simplemente erróneo⁶; el lector

⁴ Esto necesita una aclaración. Opuesto a "-émico", "-ético" generaliza el contraste ejemplificado en la pareja *fon-ético/fon-émico*, esto es, material crudo y "sin estructurar", como cuando se habla de *hechos fonéticos* en espera de ser organizados según estructuras *fonémicas* (o *fonológicas*). Esta terminología ha venido ganando terreno en el vocabulario de la sociología y la antropología contemporáneas.

⁵ Véase el artículo de HALL, "The reconstruction of Proto-Romance", *Lan*, 26 (1950). El concepto de proto-romance no ha cosechado una aprobación unánime. Algunos estudiosos ponen en duda la necesidad de prescindir del latín, o incluso se preguntan si es cuerdo ponerse a entresacar de las complejidades latinas un monolito "proto-románico". Se podría argumentar que las lenguas románicas no necesitan ser estudiadas desde el punto de vista de un prototipo desaparecido (¡al contrario!).

⁶ Curiosamente, no se hace aquí mención del liberalismo político de Croce, a pesar de que Hall se refiere a menudo a las tendencias fascistas de Bertoni, observando "the parallelism in expression between Bertoni's mention of *i diritti imprescindibili della fantasia* and [Fascist] claims... for *i diritti imprescindibili della dittatura*" (p. 67). Y en cuanto a Vossler, no sólo fomentó con su "espiritualismo" la decadencia de las tareas científicas serias, sino que, según da a entender Hall (p. 46), se entendió perfectamente con el nazismo. Insinuaciones como éstas son intolerables. Por desgracia, tales cosas se van haciendo frecuentes en los estudios históricos de lingüística: pienso en la lamentable tendencia de N. CHOMSKY a ha-

colige que el espíritu no es distinto de la materia. En la misma forma estaba equivocado Vico; sus "ideas falsas" y confusas sobre el lenguaje eran tales, que "le dieron a Croce un punto de vista irremediabilmente distorsionado" (p. 25). Confieso que esta manera de presentar las cosas tan en blanco y negro no es de mi gusto. Hall no se esfuerza por entablar algún diálogo, no hace el menor intento de comprender una forma de pensamiento distinta de la suya pero que evidentemente merece alguna atención. Se burla así de la idea de Vico de una "lingua mentale commune a tutte le nazioni" (p. 26) —doctrina, dicho sea de paso, que tiene raíces profundas en la especulación lingüística de la antigüedad, de la Edad Media y de los tiempos modernos⁷—, cuando sería más sensato relacionar esa idea con lo que algunos lingüistas contemporáneos llaman *universals* y otros, más característicamente, *deep structure*. No tiene sentido decir que el pensamiento de Vico es "anticuado" —el término, sencillamente, no es aplicable aquí—, y las frívolas pullas de Hall en cuanto a la insuficiencia de las teorías de Vico para ayudarnos a conseguir un acento perfecto al hablar una lengua extranjera no nos llevan a ningún lado. Es verdad que Hall no se propone escribir historia, y él mismo sería el primero en proclamar que no es su intento hacer filosofía. Sin embargo, a sabiendas o no, suele lanzarse a escaramuzas en terreno filosófico. Así, al criticar el "insigne disparate" de Croce, que negó la "existencia real" de las sílabas, Hall emprende una discusión sobre el concepto de "existencia". Las sílabas, dice, tienen "una existencia muy real, y algunos especialistas las consideran directamente relacionadas con las pulsaciones del pecho mediante las cuales se expelle el aire de los pulmones al hablar" (p. 34). Un problema tras otro se trivializa en esta forma. En consecuencia, me duele decir que no pocas cuestiones importantes en torno a la naturaleza de la lingüística como disciplina dotada de continuidad, o en torno a los peligros implícitos en un pensamiento fundado en categorías estéticas, no reciben en el estudio de Hall la esmerada atención crítica que merecen.

En la sección dedicada a Vossler leemos: "De hecho, en la etapa actual del desarrollo humano, el término «creatividad» carece completamente de sentido cuando se aplica a la actividad lingüística" (p. 38). Sería de esperar que los secuaces de la teoría transformacio-

cer coincidir la lingüística "cartesiano-humboldtiana" o "transformacional" con el progresismo político, y la "lingüística behaviorista" con actitudes reaccionarias. Véase la reseña de *Cartesian linguistics* (New York, 1966), por K. ZIMMER, en *IJAL*, 34 (1968), p. 293.

⁷ Esta doctrina, concretamente, es un lugar común de la gramática general, y en una forma u otra se pueden seguir sus huellas hasta la antigüedad, pasando por la filosofía escolástica. Por ejemplo: "Et sic tota gramatica que est in uno ydiomate similis est illi que est in altero, et una in specie cum illa, diversificata solum secundum diversas figurationes vocum, que sunt accidentales gramatice" (citado por CH. THUROT, "Histoire des doctrines grammaticales au moyen âge", en *Notices et extraits des divers manuscrits latins...*, p. 125). También Roger Bacon: "Grammatica una et eadem est secundum substantiam in omnibus linguis" (cf. K. D. URTI, *Linguistics and literary theory*, Englewood Cliffs, N. J., 1969, p. 54).

nal —y no deja de ser curioso que muchos piensen que la gramática generativa se encuentra hoy en la vanguardia de la investigación lingüística científica— protestaran violentamente contra semejante declaración, si bien, como es natural, estos mismos lingüistas podrían incluso compartir la antipatía de Hall para con la propensión estética de Vossler. Las modas cambian, y probablemente el “progreso” de una disciplina tan intrincada como la que se llama “lingüística” jamás podrá ser representado, ni siquiera idealmente, con un gráfico hecho de una sola línea que se va curvando hacia arriba. Es posible, en verdad, que el “espiritualismo” de Vossler haya tenido que ver con el “descenso de las normas de profesionalismo [*standards of workmanship*] en los estudios románicos” (p. 46) —que es lo que Hall se empeña sobre todo en probar—, pero Hall no demuestra nunca su afirmación, y lo que entiende por “normas” es algo demasiado personal para contar con el asentimiento de todos⁸.

A mí, personalmente, me convence muchísimo más la certera crítica que Hall hace de Bàrtoli (pp. 47-62), el cual presumía de haber “echado por tierra” el método comparativo. Sin embargo, es evidente que este método no sólo ha resistido los sucesivos ataques de Bàrtoli —sobre todo los mejor planeados—, sino que ha salido de ellos más robustecido. Hall no quiere dar a entender que los métodos de trabajo no deben ser puestos nunca en tela de juicio. Por otra parte, parece desdeñar asimismo la importancia y el papel científico de la geografía lingüística. Es verdad que todo esto está planteado en términos un tanto vagos. Yo, por ejemplo, no veo ninguna contradicción necesaria entre “relaciones geográficas” y “consideraciones lingüísticas estrictamente comparativas de correspondencia estructural” (p. 62)⁹.

Las secciones dedicadas a Bertoni (pp. 62-71) y a Spitzer (pp. 71-78) suscitan el espinoso problema de la lingüística y el estudio literario, o sea de la investigación *filológica* en el sentido más amplio. Pero las cuestiones más interesantes se nos escamotean. Hall, una vez más, nos da el reverso de la medalla idealista, contrastando “todos los aspectos habituales de la conducta lingüística” con “la décima parte, o menos, de nuestra actividad lingüística que es consciente, reflexiva y orientada voluntariamente a finalidades artísticas” (p. 65).

⁸ Un descenso, si no de las normas, sí de la lingüística románica dentro del ámbito de las disciplinas académicas, puede atribuirse a factores que Hall no menciona, por ejemplo la pérdida de prestigio de una Alemania dos veces derrotada militarmente y aborrecida por muchos (y el subsiguiente aumento de simpatía por una tradición franco-suiza de estructuralismo sincrónico, al mismo tiempo que surgen tendencias análogas en la Europa oriental y en los Estados Unidos); el anti-historicismo que se suele asociar con una América que ejerce una influencia cada vez más perceptible sobre otras regiones del mundo; simples cambios de moda.

⁹ Causa sorpresa leer frases como ésta: “To phonemics, linguistic geography itself can contribute nothing at all; and in comparative reconstruction, it can be of assistance if used in its proper ancillary position...” (p. 62). Hay una clara explicación de las fascinantes relaciones existentes entre la teoría fonológica y la “dimensión geográfica del lenguaje humano” en el discurso presidencial de W. G. MOULTON ante la Linguistic Society of America, “Structural dialectology”, *Lan*, 46 (1968), pp. 451-466.

Afirmaciones como ésta se encajan a propósito de cada distinción importante y significativa que surge en el libro. Por supuesto, sería muy difícil eximir a Bertoni y a Spitzer de una parte, al menos, de la culpa; la polémica de Hall es una respuesta a la de ellos. Sin embargo, cuando Bertoni declara: "Non v'è fenomeno linguistico che si possa spiegare, senza partire dall'individuo..." (*Programma*, § 35; citado por Hall, p. 66), el importantísimo verbo *spiegare* está pidiendo a gritos una glosa. Tampoco contesta Hall a la insistencia de Bertoni en la importancia del "lenguaje poético" para una lingüística entendida como "scienza dello spirito". El asunto dista mucho de estar "resuelto" hoy. Hall quiere "excluir del análisis lingüístico el lenguaje de la poesía". Pero, aun suponiendo que semejante declaración tenga algún sentido, ¿acaso una *exclusión* así de simplista tendría probabilidades de contribuir mucho a nuestra comprensión de los mecanismos lingüísticos? Por el contrario, los estudios románicos, empapados en la documentación literaria indudablemente más rica que el mundo ha conocido, parecería ofrecer un terreno particularmente adecuado para el análisis, en términos lingüísticos, del "lenguaje de la poesía", o, dicho en otras palabras, para la investigación filológica en el sentido más pleno de la palabra¹⁰. Y no alcanzamos a ver de qué modo esa investigación podría poner en peligro las "correlaciones sólidas" o el "comparatismo regularista"; por el contrario, podría incluso ofrecer un campo más vasto para esta clase de anotación. (El juicio de Hall acerca de Spitzer, con el cual estoy de acuerdo en lo sustancial¹¹, se refiere menos a teoría propiamente dicha que al ejemplo implícito en la práctica individualista de ese erudito y a los posibles efectos perjudiciales de su personalidad carismática sobre los estudiantes. Es innegable que Spitzer se sintió incómodo en los Estados Unidos. Para él, las cosas estaban aquí como dislocadas. Los párrafos que Hall le dedica están centrados —y Spitzer mismo tal vez así lo hubiera preferido— en consideraciones *ad hominem*: su "exagerado interés por lo sexual", p. 77, su "complejo de persecución", etc. No hay para qué detenerse demasiado en esto).

The followers (1930-1960) (pp. 79-92). El rumano Iorgu Iordan y el recientemente desaparecido John Orr (culpable de haber hecho la adaptación inglesa del libro de Iordan, *Introducere în studiul limbilor romanice* [1932]) son atacados ahora por haberse olvidado de que "la investigación científica no reconoce la existencia de «escuelas», y los hombres de ciencia no se agrupan en torno a un jefe ni defienden sus teorías *à outrance* simplemente porque son sus teorías" (p. 84). ("Se dan excepciones", está uno tentado a añadir). En cuanto a Eugenio Coseriu, su "intento idealista de asumir y pervertir el estructuralismo" es "tan reprobable como el intento análogo de Bàrtoli y Bertoni de encauzar la geografía lingüística por canales idealistas" (pp. 87-88). Finalmente, Hall la emprende con el libro de Diego Ca-

¹⁰ Véase *RF*, 81 (1969), 1-21, especialmente pp. 16-21.

¹¹ *Linguistics and literary theory*, pp. 132-141; también J. HYTIER, "La méthode de M. Leo Spitzer", *RR*, 41 (1950), y R. WELLEK, *CL*, 12 (1960).

talán (desde luego, no muy afortunado) *La escuela lingüística española y su concepción del lenguaje* (1955) y con Giuliano Bonfante, los cuales constituyen “los ejemplos más sobresalientes del nacionalismo lingüístico en el campo románico.

Conclusion (pp. 93-95). Con gran fervor moral procede Hall a poner en la hoguera las “perversiones idealistas” que ha denunciado en el cuerpo del libro. Invoca razones de “metodología” (el idealismo es “anti-científico”), de “profesionalismo” (ha “fomentado el diletantismo”) y de “cultura” (es ciego a la importancia de las ciencias sociales) y se ha prestado al “nacionalismo irracional”). Descubre, por fortuna, “señales de una rebelión contra el dominio del idealismo en la lingüística románica” (p. 65), y menciona a Nencioni, a Pittau, a Graur y a Rogger.

El resumen que acabo de hacer delata seguramente mi perplejidad. Es en verdad “incomprensible” que un investigador tan benemérito como Hall haya consagrado tanto tiempo y tanta energía a una empresa tan mal concebida como este *Idealism in Romance linguistics*. La columna del “debe” está mucho más nutrida que la del “haber”. Hall no ofrece un adecuado cuadro histórico del “idealismo” lingüístico ni hace una exposición exacta de lo que ha sido la lingüística románica en los últimos cincuenta años. La antinomia positivismo/idealismo de Vossler, que Hall adapta a sus propios objetivos, no hace justicia a una disciplina (o conjunción de disciplinas estrechamente trabadas entre sí) que, a pesar de obstáculos, sigue gozando de bastante buena salud. La imagen que Hall presenta de esa disciplina está distorsionada. La lingüística románica no es una proposición disyuntiva: Meyer-Lübke y Bertoni no constituyen dos alternativas irreconciliables. Benvenuto Terracini —un idealista rematado, ciertamente— realizó una obra que podría merecer la aprobación del mismo Hall; otro tanto cabe decir de Migliorini, que ha expresado reservas con respecto a las posturas idealistas, pero que ha permanecido fiel a cierto estilo italiano de investigación; espero que también Diego Catalán pueda entrar en esta lista, para no mencionar a las pocas docenas de romanistas —lingüistas y filólogos— que en Europa y en el continente americano han llevado adelante nuestra disciplina. De hecho, no pocos de estos eruditos confiesan haber aprendido mucho de los idealistas. Permítaseme citar un nombre familiar para los lectores de esta revista: Amado Alonso. El florecimiento de los estudios etimológicos y lexicológicos que hemos presenciado en este siglo —Wartburg, Tilander, Corominas, Malkiel, para poner sólo algunos ejemplos— debe mucho no sólo a Schuchardt y a Gilliéron, sino también, muy probablemente, a esa cualidad de “fantasía” preconizada por los teóricos del idealismo, por más que los investigadores a que me refiero no sean “anti-positivistas” doctrinarios. Finalmente, el estudio de Hall subraya la necesidad que ahora sentimos de una apreciación matizada y desapasionada del papel desempeñado por el “idealismo” en la filología románica; nos hacen falta definiciones cuidadosas, análisis finos y juicios objetivos. La invectiva está fuera de lugar. Hall excita nuestro apetito, pero en este caso, por desgracia, no lo satisface.

Quisiera concluir con una sugerencia. En vista de la estrecha asociación que varios representantes de la tradición idealista han tenido con la América hispánica, bien podría ser que un estudioso hispanoamericano poseyera la objetividad, la curiosidad y el interés necesarios para llevar a cabo esa historia crítica.

KARL D. UTTI

Princeton University.

BARTOLOMÉ JIMÉNEZ PATÓN, *Epítome de la ortografía latina y castellana. Instituciones de la gramática española*. Estudio y ed. de Antonio Quilis y Juan Manuel Rozas. C.S.I.C., Madrid, 1965; cxxiii + 114 pp., ilustr. (*Clásicos hispánicos*, serie III, t. 5).

Es imposible escatimar aplausos a las ediciones de obras gramaticales renacentistas que se están realizando últimamente en España¹, ya que gracias a ellas se hace de conocimiento público la labor filológica española en uno de sus momentos de mayor esplendor, si no es que en el de mayor brillo e importancia².

Se reúnen en este volumen dos de las obras principales de Jiménez Patón, que se publicaron también juntas en Baeza, en 1614. La edición va precedida de un largo estudio, en el que se revisan sucesivamente diversos aspectos de la vida y obra del humanista manchego: su personalidad, el valor y la originalidad de la obra, su influencia en la filología española de la época, la bibliografía con él relacionada, etc. Este estudio preliminar presenta una condición descollante y un tanto sorprendente: su desigualdad. A páginas muy reveladoras y bien trabajadas, escritas con rigor y minuciosidad, siguen otras algo superficiales, imprecisas y vagas.

Con gran precisión y escrúpulo, en efecto, se han reunido y ordenado todos los datos que se poseen sobre la vida y la obra de Jiménez Patón. Sirviéndose en especial de la biografía trazada por Benito Maestre en 1845, y completándola con datos allegados de otras fuentes muy diversas y aun con pesquisas personales en archivos, los editores organizan un capítulo bio-bibliográfico digno de todo encomio. Son de sumo interés las noticias, pormenorizadas y reveladoras, que proporcionan sobre la "escuela manchega" de gramática organizada en torno a Jiménez Patón, que estableció su estudio en Villanueva de los Infantes. Quilis y Rozas no han regateado esfuerzo en su afán de completar lo más posible nuestros conocimientos sobre el gramático manchego. Acertada parece también la valoración que hacen de

¹ Pienso en el *Arte de la lengua española* de Gonzalo Correas (edición de E. Alarcos García), en el *Tesoro de la lengua castellana* de Sebastián de Covarrubias (Martín de Riquer), en la *Gramática castellana* de Nebrija (P. Galindo y L. Ortiz Muñoz), en el interesante libro del Licenciado Poza, *Antigua lengua de las Españas* (A. Rodríguez Herrero) y en la anónima *Gramática de la lengua vulgar*, Lovaina, 1559 (R. de Balbín y A. Roldán).

² Y no sólo en "una época nada despreciable" para la historia de la lingüística española, como con exceso de cautela dicen los editores.